

## GRECIA Y ROMA EN LA OBRA DE ARTURO MARASSO

*María Guadalupe Barandica de Yaya*

Para quien se sienta atraído por la convergencia de las fechas y los acontecimientos, 1970 resultará sin duda uno de esos años de confluencia. Nace entonces nuestro Simposio Nacional de Estudios Clásicos y muere Arturo Marasso, un estudioso que, sin ser especialista en Lenguas y Literaturas Clásicas, promovió desde su cátedra el acercamiento a los textos de los antiguos autores griegos y latinos.

Ha llamado la atención de críticos, estudiosos y lectores en general la notable erudición de este autor, especialmente en relación con los estudios clásicos. La cita oportuna, la precisa indicación de una fuente antigua, la simple referencia a los autores de Grecia y Roma, se reconocen fácilmente y resisten la más minuciosa comprobación de un especialista en esas literaturas. Sin embargo, la imagen del erudito se enriquece aun más cuando es posible hablar acerca de Marasso con aquellas personas que lo conocieron y frecuentaron<sup>1</sup>. Todos recuerdan al *maestro* Arturo Marasso, el educador que "se afanó en mostrar cómo los grandes paradigmas que formaron el acervo filosófico y literario persistían a través de los siglos"<sup>2</sup>. Parece más fácil, en palabras de José Isaacson, "advertir la erudición que la sabiduría", razón por la cual Marasso "fue reconocido por sus muchos conocimientos, pero no tanto por su profunda comprensión de esos conocimientos"<sup>3</sup>.

En Mendoza, al igual que en aquel 1970, se ha celebrado en 1998 un Simposio Nacional de Estudios Clásicos. Su lema, *Nihil Novum Sub Sole*, ilustra cabalmente el pensamiento de Arturo Marasso. Nueva coincidencia que invita a leer y comentar su obra.

### Los clásicos de un clásico

El título de este escrito tiene en apariencia una amplitud inabordable dentro de los límites de un artículo. Sin embargo representa con exactitud una constante reconocible en todos los escritos de Marasso. En efecto, en todas sus obras, sean de crítica o de poesía, sin olvidar sus textos autobiográficos, aparecen referencias a Grecia y Roma. Autores, obras, personajes, escuelas filosóficas, movimientos religiosos, dioses, ciudades, templos, géneros literarios de la antigüedad atraviesan fluidamente esos textos marassianos como luces brillantes o sombras apenas vislumbradas, puntos de partida o de llegada en el desarrollo pausado de su pensamiento.

Los autores de la antigüedad griega y romana han estado presentes en la vida de nuestro autor desde su niñez. En su obra autobiográfica *La mirada en el tiempo*, Marasso cuenta cómo se produjo el encuentro con aquellos textos y qué resultó de él:

En el silencio de la aldea leía cuando era niño a Homero, a Dante; alguien, que no fue maestro me reprochaba: "¿Para qué lee lo que no entiende?". Me habían iniciado mis predilecciones y aquellos maestros que en las lecciones de historia nos recomendaban la *Iliada* de la biblioteca de la escuela, animadora de héroes y dioses. ¡El más grande de los poetas, podía estar en nuestras manos de niño! ¡Desde entonces hasta hoy, cuántos años para compenetrarnos en lo posible de su belleza inmortal y amarlo! <sup>4</sup>.

Cabe recordar, además, que no sólo escribió acerca de los clásicos, sino que se ocupó de editarlos, prologarlos y anotarlos cuidadosamente a fin de cumplir, incluso fuera del ámbito académico, con su labor de educador<sup>5</sup>.

Fue la educación una preocupación constante en él. En sus obras es reconocible un ideario, una clara propuesta para orientar a quienes se preparaban para el trabajo intelectual en relación con todas las áreas que su inteligencia transitó. Le interesó el mundo de la palabra, y lo abordó

como creador y como intérprete, es decir como crítico y profesor. En estas tres ramas del quehacer literario expuso su convicción de que existe una necesaria interdependencia entre saber y ser. Un saber que no lleva a ennoblecer a quien aprende, no es valioso. Para contribuir a que el aprendizaje de las letras favoreciera ese camino de perfección del estudiante, Marasso escribió textos de innegable vigencia y de sorprendente aplicación. Una cita puede ilustrarlo mejor:

El obrero de la ciencia y de la educación lo es también de la belleza. No se concibe escuela donde no haya una aspiración superior que emane del trabajo continuo y minucioso. La educación debe hacernos dueños del tesoro común de adquisiciones permanentes de la humanidad.(...) Enseña el que constantemente estudia, aprende, se mejora y se transforma<sup>6</sup>.

Y más adelante, en ese mismo texto, Marasso vuelve sobre el maestro ejemplar:

El maestro encuentra la sencillez y la precisión; estudia para que los alumnos estudien; aprende para que los alumnos aprendan; después de haber meditado y enseñado, estudia nuevamente. El aula, para él, no es una prisión odiosa, sino un lugar encantador, donde el niño, el joven, se inician en la observación y el descubrimiento de la realidad y del espíritu; el maestro, el profesor, van renovándose; se acercan con una mayor amplitud de conocimientos a los elementos simples y esenciales, raíces que nutren la inteligencia. No llenan el aula con palabras enfáticas; penetran en la mente del alumno con la llave de oro de la inteligencia y de la gracia<sup>7</sup>.

Él encarnó ese modelo de maestro en constante aprendizaje, y como se ha venido diciendo, encontró en las antiguas literaturas, en los clásicos, la materia para forjar esa "llave de oro de la inteligencia y de la gracia" con la que abriría para sus estudiantes en aquellas memorables clases de Composición y Gramática y de Literatura Castellana, el acceso a mundos de fascinante e imperecedera belleza.

No procedió, por eso mismo, como el profesor que repite enseñanzas extraídas de algún libro, basado en un simple criterio de autoridades. Le preocupó el problema del canon literario. Desde sus primeros escritos<sup>8</sup> reflexionó acerca de los cambios de fortuna en las preferencias de los lectores a través de los tiempos. El concepto de 'clásico' está asociado indudablemente al de 'canon'. A partir de sus propias lecturas fue construyendo su propia lista de clásicos. Convencido del valor de esos textos y autores, los acercó a sus alumnos y lectores durante más de medio siglo de fecunda labor.

De los autores estudiados por Marasso dos merecen especial atención, por el valor de su obra y su repercusión en la posteridad: Homero y Virgilio. El primero, presente en incontables alusiones a través de diversos escritos del autor riojano, ha sido tema de un texto seleccionado por el mismo Marasso para la última publicación de sus obras<sup>9</sup>. Virgilio, por otra parte, también es mencionado en numerosos artículos, pero especialmente resulta centro de atención en la serie de libros que Marasso compuso acerca de la interrelación entre Virgilio y Cervantes<sup>10</sup>.

## **Homero**

Leído desde que nuestro autor era niño, en aquella biblioteca cuyos ejemplares había donado Joaquín V. González, Homero acompañó a Marasso cumpliendo con una de las cualidades reservadas para los clásicos: la relectura. Esa habitual frecuentación le ha permitido familiarizarse con las obras homéricas y ofrecer sus reflexiones en un texto de sucesivas reescrituras<sup>11</sup>.

Voy a referirme a ese escrito en especial, porque sintetiza los juicios de Marasso acerca de la obra homérica y porque parece haber sido importante para él, ya que decidió incluirlo en esa última antología de textos que no llegó a ver publicada. No obstante, hay preguntas que surgen a la hora de leer textos acerca de autores que escribieron en lenguas extranjeras, en este caso, en griego: ¿conocía el autor de ese

comentario la lengua griega?, ¿qué grado de conocimiento tenía?, ¿cuáles eran sus fuentes de lectura si no conocía la lengua griega? En realidad, estas preguntas son aplicables también al latín. Es decir: ¿cuál era el nivel de conocimiento de Marasso acerca del griego y del latín? Creo oportuno considerar brevemente estas preguntas y tratar de responderlas basándome principalmente en los textos de este autor y en el testimonio de quienes lo conocieron<sup>12</sup>. En los primeros escritos referidos a obras y autores griegos (Hesíodo, Píndaro, la *Antología griega* en la literatura castellana) Marasso confesaba, en nota a pie de página, que todavía no conocía el idioma griego como para abordarlo directamente. Por ello, se había valido de las ediciones bilingües de *Les Belles Lettres*, complementadas con las traducciones existentes en español, francés e italiano. A través de sus cartas, sin embargo, podemos saber de su fluida comunicación con especialistas en lenguas y literaturas clásicas de La Plata, como el Dr. Lorenzo Mascialino, y otros helenistas de autoridad reconocida internacionalmente, como Alfonso Reyes. Llegó, pues a conocer las lenguas clásicas a través de la frecuentación de los textos y las eventuales consultas a los especialistas. Ello queda atestiguado por la oportuna y precisa selección de citas en griego y latín, y sus atinadas consideraciones, por ejemplo, acerca de la traducción de textos escritos en esas lenguas.

Vayamos a Homero<sup>13</sup>.

Para Marasso, es el maestro indiscutible en la creación de un mundo que perdura con vivacidad imperecedera:

nuestra veneración se junta al testimonio de los siglos esclarecidos que lo aclaman maestro desde que la *Ilíada* y la *Odisea* penetraron en la conciencia y en la escuela como elemento común de la formación del hombre<sup>14</sup>.

No intenta polemizar acerca de la 'cuestión homérica':

Aunque sea una inmensidad lo que se sabía o ingeniosamente se ha escrito y se escribe de Homero, de la investigación homérica renovada cada día, del misterio en que se encubre su persona, de los ciclos que convergen en su arte

penetrado por la inteligencia y la movilidad de la vida, por una verdad imaginativa y patente en que el aliento del poeta crea para siempre en la eficacia cumplida de su concepción del bien, de la naturaleza y del hombre, con una modernidad continuamente actual en que nada envejece, que traspasa las objeciones y el sentir particular de las épocas que terminan y se cierran en sí mismas, mucho habrá todavía que decir del poeta inmortal - uno en nuestra mente -, mientras perdure en el hombre la meditación de su destino y el amor a la belleza, que él, Homero, nos enseñó a descubrir en su origen divino<sup>15</sup>.

La cita anterior bastaría como introducción para un lector que se aventurara por primera vez en esos textos, dispuesto a disfrutar de la lectura, más allá de posibles inquietudes filológicas: Homero es presentado como un maestro de la palabra, creador de un mundo cuya belleza tiene un origen numinoso, destacado integrante de nuestro canon literario por estar asociado a lo más hondamente humano (meditación sobre el destino, amor a la belleza). Sin embargo, en líneas sucesivas, Marasso irá desglosando estas ideas que pueden parecer abigarradas tras una primera lectura apresurada, pero que se muestran, tras atentos acercamientos, construidas como un sistemático núcleo de pensamiento cuyo contenido se irá desplegando en nuevas y sustanciosas reflexiones:

Les había enseñado, como a todas las generaciones posteriores que aprendieron de él, la fecundidad descubridora de la palabra, el ámbito de una invención dramática en que cabía cuanto puede lograr el libre impulso que se apodera de la realidad para convertirla en una representación trascendente.

Había pensado y confrontado y vacilado; había llevado la expresión como una sucesión de acordes con los tonos y matices, a decir, como Proteo dominado, lo que sólo el arte que había modelado con sus manos, dice.

Esta confrontación de la palabra con quien la escucha y se deja seducir por su interés atractivo y despierta cuando la voz se calla, como si viniera de lejos, la aprendió Homero y la

llevó a su fascinación imperecedera de la tradición épica que vio por la emoción que producía la rapsodia el estímulo que mueve el ánimo y lo saca de sí como en el éxtasis<sup>16</sup>.

En el texto anterior reconocemos al creador que reflexiona acerca de la creación. La palabra de Homero es seductora, y la seducción es obra de un artista que ha madurado el arte con que teje los hilos de sus relatos. Marasso se acercó a los textos que comentaba desde la visión del poeta. Por eso es tan rica la doble perspectiva con que lee. Veamos ahora cómo recrea el mundo homérico, en una deslumbrante enumeración que lo encierra todo, a la manera de un nuevo escudo de Aquiles:

No le pagaremos nunca del todo la pintura del cielo con sus astros, y el Olimpo, la tierra rodeada por Océano, iluminada por el color y la luz y por nuestros pensamientos, el Hades en las brumas hiperbóreas y los símbolos míticos, la fauna en su dramática plasticidad decorativa, las plantas, los jardines y los huertos, los frutos y las hiervas, con su realidad y su hechizo, los fenómenos meteorológicos en su brillo y su grandeza, los hermosísimos dioses y los hombres, la persuasión irresistible y las telas y las obras preciosas y las palabras medidas imprudentes, el círculo mágico de la vida sorprendido por el arte, de una vida que padece y espera, que aspira el aroma, el anhelo, que en su simultaneidad se junta a la unidad que la retiene un instante en el espejo de lo continuamente variable<sup>17</sup>.

## Virgilio

Al igual que con el texto de Homero, Virgilio ha sido motivo de una profunda reflexión que comenzó en 1936 y finalizó en 1954, si tomamos como hitos significativos el año en que, preparando sus clases sobre Cervantes, Marasso comenzó a reconocer en el *Quijote* elementos virgilianos, y el año de la publicación de *Cervantes*, último de la serie

de libros en que nuestro crítico se refiere a esa interesante muestra de intertextualidad. En estos estudios, como en el texto sobre Homero, se advierte el método de trabajo de Marasso: la relectura que conduce a nuevas versiones de interpretación enriquecida.

En el epílogo a la edición de Cervantes y Virgilio, aparecida en 1937, Marasso explica el origen de este estudio:

Este trabajo, que descubre el parentesco espiritual de la *Eneida* y *El Ingenioso Hidalgo*, está formado con notas que escribí en octubre y noviembre de 1936. Fue impensadamente hecho. Al abrir el *Quijote*, en el capítulo de la aventura de los batanes recordé, de pronto, a Virgilio. Ese fue el punto de partida. Un día tras otro, en momentos libres, fui desentrañando la intención de Cervantes de relacionar con episodios parecidos los dos grandes poemas. Intención manifiesta, premeditada, gozosa y creadora. Las notas mías sirven para ilustrar este ignorado aspecto de la cultura literaria de Cervantes; nos lleva a la intimidad de la elaboración del *Quijote*, sobre todo de la Segunda parte. No fue, como dije, un meditado propósito escribir estas páginas nacidas de una casual circunstancia. Dejo sin tratar algunos aspectos virgilianos que requieren más detenido examen. Me es gratisísimo que mi ligero trabajo reintegre a Cervantes a la familia de Homero, de los genios mediterráneos universales, familia que tuvo en Roma por supremo artífice a Virgilio, uno de los maestros esenciales y eternos de nuestra cultura grecolatina<sup>18</sup>.

Cabe aclarar que no es Virgilio el único autor considerado en relación con el texto cervantino. Aristófanes, Platón, Aristóteles, Luciano, Horacio, Plinio, Quintiliano, tienen capítulos propios en esta y en las sucesivas versiones del libro. No obstante, son considerados en diversos pasajes Homero, Plauto, Cicerón, entre otros.

Por su carácter 'casual', el libro nace como una sucesión de observaciones que siguen el orden de los capítulos y las partes del *Quijote*, precedidas por un capítulo introductorio acerca del genio de

Cervantes y seguidas por las consideraciones acerca de los autores y textos no virgilianos reconocibles en la obra cervantina. Con agregado de capítulos, nuevos títulos y una nueva estructura aparecen las ediciones de 1944 y 1947<sup>19</sup>. Estas ediciones tuvieron una estructura similar: cuatro grandes apartados ("Cervantes y Virgilio", "Precisión y sabiduría", "Correspondencias" y "En las esferas cervantinas") subdivididos en capítulos. La última versión, la más extensa<sup>20</sup>, no contiene apartados sino una sucesión de capítulos que tratan los fenómenos de intertextualidad. En los cuatro libros se reconoce la importancia conferida a la presencia de lo virgiliano en el *Quijote*.

Marasso es un poeta que lee a otro poeta. Esto lo lleva a reflexionar acerca del proceso creativo, a preguntarse cómo ha llegado Cervantes a crear ese *Quijote* que él está leyendo. Y es así como comienza a descubrir las interrelaciones. Es asimismo un lector de numerosas y significativas lecturas, y al mismo tiempo es un profesor de Literatura Castellana. Lo primero lo lleva casi inevitablemente a reconocer lo intertextual entre sus clásicos; lo segundo también lo hace trabajar acerca de Cervantes.

¿Qué de Virgilio reconoce en Cervantes? El diseño de algunos episodios, el comportamiento de algunos personajes, citas, alusiones, a veces a la manera del original, otras con el ropaje de la parodia. Lo que resulta indiscutible es lo que Marasso ha dicho al comenzar su primer escrito:

Cervantes ama a Virgilio, a su "divino mantuano", lo descubre reflejado en los poetas preferidos, de Italia y de España. Lo estudia y admira en la mágica música del texto. Garcilaso, Ariosto, cuanto autor lee Cervantes, le sugieren el mundo áureo, zona de poesía, del épico latino que guardaba el secreto del arte y de la ciencia.(...) El Virgilio de Cervantes es muchas veces un Virgilio intencionalmente contrahecho, pero no por eso es menor el estímulo del gran poeta. En el *Quijote* penetra la nueva moda italiana de renovar, con la parodia, el arte de Virgilio<sup>21</sup>.

Para la mayoría de nosotros, que no llegamos a conocer personalmente ni a escuchar a Marasso, nos queda de él su palabra escrita. He preferido por ello ceñirme a esos textos que reflejan al admirable maestro, en lugar de extenderme en sugerencias bibliográficas que podrían servir de complemento a sus observaciones sobre los autores clásicos antes considerados. El propósito de este escrito, en efecto, no es ofrecer un estudio sobre Homero o Virgilio, sino invitar a la lectura de un excelente mediador para acercarse a los clásicos.

En los textos de este autor reconocemos al poeta que lee desde su perspectiva creadora, y enseña a leer, amorosamente, esos clásicos que ha elegido a lo largo de su vida, como confirmando el juicio de los siglos pasados.

Leer la obra crítica de Marasso es experimentar la insoslayable curiosidad por conocer a los autores de los que él habla. Leer a los clásicos con la generosa guía de este autor es practicar esa especie de relectura de la que hablaba Borges, aunque se los esté leyendo por primera vez.

Como mediador entre lo conocido y lo desconocido, entre nuestras ansias de sabiduría y aquellas viejas voces, va el maestro don Arturo Marasso, con su voz de infinito. Volvamos a escucharlo.

## Notas

1. He tenido la oportunidad de entrevistar a las profesoras Luz Pepe de Suárez y Raquel Sajón de Cuello, de la Universidad Nacional de La Plata, quienes generosamente compartieron conmigo recuerdos del profesor Marasso, así como textos de poemas, artículos de crítica y programas de las asignaturas que él dictaba en esa Universidad. La profesora Sajón de Cuello fue discípula de Marasso en la cátedra universitaria, y recientemente se ha ocupado de la edición y publicación de las *Obras Completas* de este autor; la profesora Luz Pepe de Suárez ha colaborado con Marasso en la publicación de la *Revista de Educación* en su segunda época. Una tercera fuente de importancia para acercarse contextualmente a Marasso son los escritos del profesor Héctor Ciochini, con quien no he tenido ocasión de conversar.
2. H. CIOCCHINI. *Prólogo*, en MARASSO. *Fervor Silencio Tiempo*. Buenos Aires, Fata Morgana, 1994, p. 13.
3. José ISAACSON. "Erudición y sabiduría", reseña de *Fervor Silencio Tiempo*, *La Nación*, sección 7, pág. 6, col 2.
4. A. MARASSO. *La creación poética y otros ensayos*. Buenos Aires, Sosin y Toia, 1927, pp. 29-30.
5. Merecen mencionarse las ediciones de las obras de Homero, Platón y Tácito.
6. A. MARASSO. "La sonrisa socrática", *La creación poética*, p. 19.
7. Idem, *Op. Cit.*, pp. 30-31.
8. *Estudios literarios* (1920), *La creación poética* (1927).
9. Héctor Ciochini, quien tuvo a su cargo esa publicación, explica que Marasso le hizo llegar una serie de escritos para que se encargara de publicarlos. Lamentablemente, el maestro no llegó a ver su deseo cumplido, y los textos aparecieron editados por Fata Morgana veinticuatro años después de la muerte del escritor riojano. Entre los textos seleccionados estaba el capítulo titulado "Homero" que compendia las apreciaciones del maestro acerca del legendario autor griego.
10. Los libros referidos a la interrelación entre Virgilio y Cervantes fueron cuatro: *Cervantes y Virgilio* (1937), *Cervantes* (1944), *Cervantes. La invención del Quijote* (1947) y *Cervantes* (1954).
11. Con el título de *Homero*, apareció en 1954 un prólogo para las obras completas de ese autor editadas por El Ateneo, en su colección de Clásicos Inolvidables. En 1956, este texto fue reeditado por Marasso,

con algunas variaciones, en la *Revista de Educación* que en ese tiempo dirigía en La Plata. En 1994, este mismo texto fue publicado en el volumen póstumo de Marasso que el responsable de la edición, Héctor Ciocchini, tituló *Fervor Silencio Tiempo*.

12. Véase nota 1.
13. Me basaré en el texto incluido en *Fervor Silencio Tiempo*, a partir de aquí, *FST*.
14. *FST*. p. 149.
15. *Ibidem*.
16. *FST*. 151.
17. *FST*. pp. 151-152.
18. A. MARASSO. *Cervantes y Virgilio*. Buenos Aires, Instituto Cultural Joaquín V. González, 1937, pp.161-162.
19. *Cervantes. La invención del Quijote*. Bs. As., Academus, 1947, 254 pp.  
*Cervantes*. Bs. As., Academia Argentina de Letras, 1947, 309 pp.
20. *Cervantes. La invención del Quijote*. Buenos Aires, Hachette, 1954. 343 pp.
21. *Cervantes y Virgilio*, p. 8.